

# BUENOS AIRES

LOS MEJORES  
100  
CUENTOS

II VERSIÓN

# EN 100

# PALABRAS

BUENOS AIRES EN 100 PALABRAS:  
LOS MEJORES 100 CUENTOS  
DE LA SEGUNDA VERSIÓN DEL CONCURSO

© Fundación Plagio  
Septiembre de 2024

Selección | Fundación Plagio  
Dirección de Arte y Diseño | Fundación Plagio  
Edición | María Elvira Woinilowicz

ISBN: 978-956-9304-63-7  
[www.buenosairesen100palabras.com](http://www.buenosairesen100palabras.com)  
Impreso en Argentina  
DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

# BUENOS AIRES

LOS MEJORES  
100  
CUENTOS

II VERSION

# EN 100

# PALABRAS



Este año el Gobierno de la Ciudad tuvo la enorme satisfacción de volver a acompañar el concurso Buenos Aires en 100 Palabras, sumándose a una tradición que ya lleva más de veinte años en Santiago de Chile. Este certamen es un estímulo invaluable para la creación literaria porteña, plasmado en los miles de participantes que se sumaron a la iniciativa.

Cada obra incluida en el segundo volumen de Buenos Aires en 100 Palabras refleja los cambios y complejidades que palpitan en las calles, en los barrios, en la cultura y en la gente. Cada creación comparte percepciones y vivencias de quienes la habitan, porque la ciudad es un patrimonio intangible, heterogéneo y subjetivo, pensado e interpretado de forma colectiva y plural.

En estas páginas les presentamos a los ganadores de esta edición. También los invitamos a conocer la propuesta

y los convocamos a sumarse el año próximo. Porque todos podemos ser escritores a través de 100 palabras que construyen memoria, que arman el mosaico de una ciudad vibrante, diversa y cambiante, y que pintan el presente con la paleta ecléctica de múltiples miradas.

GABRIELA RICARDES  
MINISTRA DE CULTURA  
GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

El libro que tienen en sus manos reúne los cien mejores cuentos dentro de los diez mil relatos que llegaron este 2024 a la segunda versión del concurso de cuentos breves Buenos Aires en 100 Palabras. En ellos encontrarán las diversas miradas que convergen en una gran ciudad como Buenos Aires a través de las experiencias cotidianas de quienes la habitan, como viajes en el subte, recuerdos infantiles de lugares que ya no existen, encuentros fortuitos en la calle que podrían cambiar la vida para siempre.

Como Fundación Plagio estamos felices de poder realizar el proyecto En 100 Palabras por segundo año consecutivo en Buenos Aires, y que este viaje creativo que comenzó hace más de dos décadas en Santiago de Chile llegue hasta la capital porteña. Nos sorprende el gran valor de las historias que acá se imaginan y se escriben.

Queremos que estos relatos les diviertan, emocionen,

identifiquen, y, por sobre todo, les inspiren a crear sus propios cuentos en las próximas versiones de Buenos Aires en 100 Palabras y que esta iniciativa colectiva siga creciendo en diversidad, puntos de vista y reflexiones sobre donde vivimos.

¡Esperamos que disfruten estas páginas!

FUNDACIÓN PLAGIO







## Abuela

Se sentó a mi lado, las dos mirábamos el canil mientras los perros jugaban. Me preguntó por Martín y me pidió que le mandara besos a la Elisa. Cada tanto me acariciaba la mano y me daba algunos apretones. Su mirada tenía un brillo hipnotizante y se emocionaba mucho al hablarme. Me dijo que al día siguiente pasaría por mi casa para tomar unos mates. Cuando se paró para irse, la abracé bien fuerte y acaricié a su perrito. Me dio pena decirle que yo no era su nieta, pero mucho más pena que no tuviera mi dirección.

ROMINA ESPASANDIN, 37 años, Vicente López.

## Herederero

Mi abuelo decía que la niebla trae los muertos de la Recoleta. Esas noches yo no dormía, el silencio del cementerio se colaba por mi ventana con la humedad y el miedo. Vivíamos en la planta baja del portero, mi abuelo y yo. Arriba vivía Olga. Millonaria y peleada con toda su familia, solo tenía un gato, y al abuelo cada tanto. Un día se murió, escape de gas. Le dejó todo a él. Nos enteramos cuando nos leían el testamento y entraba la policía para llevarse lo. Ahora Olga sale con la niebla y yo ando ranchando por ahí.

DIEGO CHABRILLON, 53 años, San Isidro.

## Ser porteño

Heredar a una tía es el modo más rápido de ser porteño. Una tía propietaria. Quizás viuda, quizás solterona, pero seguro sin hijos. Amada y amadora. Un departamento en Caballito, Boedo, San Cristóbal. Con parquet de pino-tea, vitrinas con vasija para las visitas y colecciones raras de campanas, platos para colgar o cucharitas. Solvente y asegurador. Mudarse, siendo joven, a un edificio de viejos es como traer la peste en los barcos. Todo se marchita como la pintura descascarada de las paredes. Detrás de cualquier gesto se notan las marcas oscuras de cuadros ya descolgados. Gentrificación y estocada.

MARTÍN SERI, 45 años, CABA.

## Burako

En la esquina de Corrientes y Scalabrini Ortiz está la pizzería Imperio. Cuatro mujeres se ubican todos los miércoles en la misma mesa, pegada a la ventana, del lado de Canning, ellas le dicen así. El mozo ya las conoce, el pedido no varía desde hace varios años. Juegan al burako. Los dos hijos de Graciela se fueron del país en el 2001, ve a sus nietos por videollamada una vez por mes. Patricia cree que nadie la ve cuando se lleva los sobrecitos de edulcorante. Elsa no conoce a sus nietos. Alicia siempre hace trampa.

YANINA SIEPE, 49 años, CABA.

## Ya no

La abuela dice que no escuchó la bomba, pero que, ahora, necesita que le sostengan la mano cuando hay truenos. Que no escuchó la bomba, pero, en cuanto se cortó la luz y empezaron a caer lo que parecían piedras, agarró su cartera y se escondió debajo del escritorio. Si no agarraba mis cosas, dice, nadie iba a poder identificarme, llamar a los chicos, contarles que mamá ya no estaba.

ANA LANGIER, 20 años, Recoleta.

## La casa de mi abuela

A la vuelta de la AMIA vive mi abuela. Ella y su café saltaron el 18 de julio de 1994 cuando explotó la bomba. Desde entonces, mi abuela tiene una vértebra menos, la espalda encorvada y su mesa ratona una raya de pegamento que la divide en dos. Cuando éramos chicos, con mis primos y hermanos comíamos, dibujábamos, cantábamos «¡chancho va!» sobre esa mesa. Nos corríamos entre nosotros y pasábamos entre ese rectángulo de mármol y los sillones. No faltaba vez donde alguno de nuestros papás nos advirtiera: «¡Cuidado con la mesa!».

EMILIA GANEM, 32 años, CABA.



## Un infierno llamado Cromañón

¿Cómo voy a olvidar aquella noche? Me dijiste que ibas a salir con los chicos, a ver a ese grupo musical del que eras fanático, pero sinceramente, algo me inquietaba sin saber bien qué. Hasta el día de hoy, me arrepiento de no haber seguido mi instinto materno de cuidarte. Al rato, tu papá me llamó desesperado al observar en la televisión aquel lugar donde ocurría el recital repleto de patrulleros y ambulancias acercándose. No dudé, salí para allá. Llamadas iban y venían. Todavía puedo oír tu contestador repitiéndose.

JOSEFINA OLIVIA TIESI, 16 años, CABA.

## El submarino sembrado

Había cumplido doce hacía unas semanas. Recuerdo como si fuera 1999 que anclaron el ARA San Juan por Puerto Madero. El agua no se veía, parecía sembrado en un pasto oscuro que según mamá eran algas. Recuerdo las telas que colgaban horizontales en un cubículo donde no cabían dos personas de pie. Mi metro y medio sintió claustrofobia cuando confirmaron que en cada camarote dormían seis. Por el periscopio vi apenas la noche algo que un submarinista llamó agua. Desconozco si mis recuerdos son acertados. Sé que los recordé y sé que hablar de héroes es estar en lo cierto.

GUIDO JAVIER PÉREZ, 37 años, CABA.

## El vuelo

Mención Honrosa

El viento violento agitó su capucha, provocando que se despegara de su cabeza y dejando su vista al descubierto. El Río de la Plata se desplegaba debajo de él. Estaba asustado y nervioso. Esto no era lo que le habían prometido. Le habían dicho que lo iban a liberar y que su tortura se había acabado. Miró hacia atrás y vio cómo se acercaba un hombre con uniforme militar. El hombre lo agarró y le dijo algo que fue opacado por el furioso viento que golpeaba sus oídos. Después lo empujó por la compuerta del helicóptero hacia el agua azul.

DANTE DORIA, 16 años, Vicente López.

## Lo que pienso casi siempre

El paseador de perros que va tratando de no ser arrastrado como casi siempre, el agua de la vereda recién baldeada que moja los zapatos como casi siempre, el niño de guardapolvo blanco apurado por su madre que lo acompaña como casi siempre, un policía en la esquina mira el tránsito como casi siempre, mientras cruzo la calle raudamente mirando de reojo al amarillo que ya amenaza encenderse pienso, será que nada cambia en esta gran ciudad que no descansa nunca, pero es lo que pienso cada mañana, casi siempre.

LISANDRO GARNERO, 38 años, CABA.

## Belgrano y la inundación

Cuando llovía torrencialmente, comenzaba una ceremonia en nuestra casa: mi mamá corría a colocar las compuertas, mi abuela rezaba, y nos juntábamos detrás de la ventana para ver el río que corría por nuestra calle. Era normal ver gente nadando o remando en canoas y autos a la deriva. Una vez, un colectivo que se desvió de Cabildo a Amenábar, con la ola que hizo al pasar le rompió toda la vidriera a un negocio de muebles de la cuadra. Curiosidades de los días de tormenta de mi niñez. También nos dejaban las baratas de ropa y calzado.

MARÍA ALEJANDRA ROCCHI, 57 años, CABA.

## Atrapaguas

La casa era una belleza arquitectónica y una pesadilla residencial: vecinos ruidosos, viejas instalaciones eléctricas, baldosas flojas, paredes húmedas y, obviamente, lo peor de todo, las goteras que parecían multiplicarse e incluso cambiar de lugar, como si el techo fuese una nube con conciencia que busca arruinar algo importante. Ahora una tostada, ahora el antiguo almohadón de la bisabuela. Cacerolas, compoteras y envases de todo tipo intentaban contener sin éxito los inciertos designios del techo. Hasta el paraguas invertido ayudaba. ¡Claro, el paraguas! El techo se llenaba de colores cuando colgados como murciélagos cumplían de forma inversa su función.

SUSANA SERWATKA, 61 años, Lanús.

## Arqueología urbana

Decía San Telmo a reciclar aunque era Constitución y una ruina. Pero el precio estaba bien y quedaría alucinante. El piso era de baldosas coloniales, los hierros del siglo XIX, y creyó ver un mosaico con motivos de serpientes o reptiles. Apenas firmó comenzó a trabajar. Encontró, emocionado, los restos de una cisterna, el piso cedió y cayó tres metros. El celular estaba arriba y nadie sabía dónde estaba. A sus pies se abría un hueco fétido con escalones que descendían por una oscuridad matizada por una fosforescencia verde. Se escuchaban tambores lejanos. Comenzó a bajar.

HERNÁN VILLASENIN, 52 años, CABA.

## La tía María de Barracas

Primer Lugar

La tía María de Barracas tenía las piernas como dos damajuanas. Vivía en la pobreza más absoluta en una casa tipo chorizo, de las que ahora son buscadas para reciclar porque no pagan expensas. Quedó viuda de muy joven y su único hijo se mató en un accidente de moto. Tenía la extraña costumbre de guardar siempre en la heladera una botella de vidrio vacía. Cuando de comedia, por primera vez quise llenarla con agua del grifo, casi me pega la tía. Yo, por ese entonces, aún desconocía que la guardaba para quien no quisiera tomar nada.

ELIZABETH CASINELLI, 51 años, CABA.



## Ferías

Revisando las bateas del Parque Los Andes fui a dar con el disco *Silencio* de Los Encargados. Decidido a invertir todo mi aguinaldo, el puestero me da una sorpresa: el disco ya estaba reservado. Regresé a la semana, seguía reservado. Y la siguiente. Y la siguiente también, seguía reservado. Cual zorra sin uvas, deduje que esa copia de enorme obra maestra era solo una exhibición, una gran atracción, un imán; los melómanos revisarían hasta el último rincón del puesto con la ilusión de encontrar alguna otra gema. Puro marketing de feria.

JUAN FONTANA, 51 años, CABA.

## El coleccionista

En el Parque Rivadavia todos conocen a mi abuelo. Cuando él saca nuestro cofre de madera aparecen sus monedas. Entre los coleccionistas, lo escucho decir: la de 1960 tiene al cabildo, me la regaló mi papá cuando empezó el jardín, la del 78 un estadio de fútbol, la ganó con su primer trabajo. Con la de 1820, inventa siempre algo distinto sobre calles de barro y la quinta de los Lezica. Sé que por nada en el mundo las vendería. Después desayunamos en el bar de enfrente: café con leche y medialunas. Cuando sea grande yo también quiero contar historias.

ANA GLORIA CASALE, 67 años, CABA.

## Sin propina

Mención Honrosa

No me gusta mi trabajo y no me gusta lavar platos. Escribo estrofas de canciones detrás de los tickets con pedidos que llevo a la cocina. Después, Juan B. Justo derecho y a dormir.

LUANNE IORII, 21 años, CABA.

## Suspiro

La entrevista será en diez minutos. Lleva cinco meses buscando trabajo, tres sin poder pagar el alquiler, dos sin comer carne, uno sin poder cargar la Sube. Acelera el paso para llegar a La ideal, la confitería donde la citaron. Visualiza que es a metros del Teatro Colón. Mientras espera su turno, repasa mentalmente las mismas preguntas de siempre. ¿Experiencia? ¿Hijos? ¿Dónde vive? ¿Sufre alguna patología? ¿Pareja? Le gustaría decir sufro depresión, estoy más sola que un perro y vivo donde usted ni se imagina, pero no lo hace. Solo sonrío, estrecha fuerte la mano, mira a los ojos, suspira.

MARÍA GISELA ORIETA, 43 años, Palermo.

## Colchones

Maxi aprendió a contar hasta diez. Ahora de camino a la escuela cuenta todo lo que ve. Yo en cambio me dormí tarde sumando y restando facturas y sueldo. Hoy la ciudad se me hace insoportable: los motores, el humo del cigarrillo del que camina delante mío, las bocinas, los demás padres. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, dice mi hijo. Debo dos cuotas del colegio, dos de tres tarjetas, dos meses de expensas. Ocho... ¿Qué estás contando?, le pregunto. Colchones, papá. Hay un montón. Me dice.

ISAÍAS CREIG, 37 años, CABA.

## Pechito

Pechito vivía tirado en un colchón, pegado al Banco Francés, ahí en Scalabrini Ortiz, casi Santa Fe. Acostado, miraba tele en plena calle. Nunca lo vi sentado; mucho menos de pie. Dormía como un rey con sus perros, los tres tapaditos con una frazada. Vivía en su burbuja, lejos de los colectivos, del bar de la esquina, del banco lleno de plata. Buen tipo, tranquilo. Un día vinieron y se lo llevaron. Dicen que murió en el Hospital Piñero pocos días después. De frío dicen que murió.

ALICIA OSIPOVICH, 59 años, CABA.

## Casa azul

A kilómetros se veía una silueta sombría. Una persona deprimida, sin saber por qué, se encontraba en la estación de trenes de Constitución. El hombre vestido de verde, bajito y vetusto, estaba cansado de oír los ruidos de las obras de la calle Lima. Sin dormir y con un gorrito de lana de mohair se encontraba tirado, casi inconsciente, apoyado en una pared de ladrillo de una casa azul. En su mano, una botella; en su mente, tres deseos pendientes por cumplir.

TOMÁS GOTTSSELIG, 11 años, CABA.

## Navidades porteñas

Las navidades en mi familia son un desastre. El año pasado hizo treinta grados. Nosotros con la mesa afuera y el ventilador en la ventana. El vitel toné y el tío Juan se descompusieron. Eugenia perdió la rusa en Constitución. Y mi viejo llevó un vino picado; aun así, Ernesto, a las nueve, ya estaba borracho. Faltando quince minutos para las doce se largó a llover. Llevando la mesa adentro se rompieron tres copas, la rodilla de Martín y la paciencia de mi madre. Terminamos brindando en el living a la una, con Los Palmeras de fondo sonando por Crónica.

SOFÍA STORNAIUOLO, 18 años, CABA.



## Street View

Termina su turno de lavacopas en un bar de Dublín y, de camino a su casa, se detiene en un cibercafé. Le da unas monedas al hombre detrás del mostrador y se sienta frente a una computadora. Le dijeron que salió una nueva aplicación de Google en la que se pueden recorrer las calles de las principales ciudades del mundo. Le cuesta creerlo. Hace veinte años que dejó Buenos Aires y nunca más regresó. Pero es cierto, suelta al hombrecito en la puerta de su antigua casa y recorre entre lágrimas el barrio. Qué cambiado está todo, piensa.

LEANDRO VIVES, 45 años, CABA.

## Equipaje

Armé la valija con cuidado. Irse a vivir afuera es cosa seria. Me llevé ropa de abrigo, de verano, esas remeras rayadas que compramos en Avellaneda a dos por uno y el camión de encaje negro que apenas me cubre el escote. Todo me parecía poco. Guardé entonces el Obelisco, el Teatro Colón, la Plaza Castelli con su trepadora amarilla, los adoquines frente a la tintorería Kuan y dos butacas del estadio Ferro. Ahora que me mudo otra vez a Buenos Aires, me está buscando la Interpol. Ni el Arco del Triunfo ni la Mona Lisa son fáciles de esconder.

PATRICIA STRAUCH, 46 años, CABA.

## Promo 2

Acerco la taza a mi boca, pero el café está demasiado caliente así que aprovecho para abrir un sobrecito de azúcar y revolver. Agarro la primera de tres medialunas, la mojo en el café hasta el punto justo en donde sé que no va a partirse y casi en simultáneo doy el primer mordisco y el primer sorbo. Hace poco volví de un viaje largo, y me doy cuenta de que esa mezcla de amargura y dulzura que tanto me hacía falta, que tanto extrañaba, no era el café con medialunas por la mañana, era Buenos Aires.

DAN FLOMEMBAUM, 31 años, CABA.

## Cantinelas departamentales

En el espejo de un edificio porteño dejaron la siguiente nota: «Estimado vecino del 4°B, agradeceríamos que dejes de escuchar Shakira a todo volumen los miércoles a la noche, aunque estamos de acuerdo con que *¿Dónde están los ladrones?* es el mejor disco de la cantante. Dejá de molestar a Belén, todo el edificio sabe que solo te quiere como amigo y si seguís insistiendo es acoso. Pd, Cortázar sigue escapándose y maúlla por los pasillos, más cuidado que un perro lo puede morder. Pd2, que prepares bebidas alcohólicas artesanales no nos molesta siempre que convides. Saludos del 5°B».

SEBASTIÁN GALLUCCI, 35 años, CABA.

## Puertas

Agarró la llave y salió del edificio. Como todos los días, atravesó avenidas y diagonales, cruzó plazas, algunos puentes. Al mediodía decidió ser cocinero. Con la llave abrió la puerta trasera de un restorán en Flores, agarró un delantal y se puso a cortar lo primero que vio. Imitó al resto, como ellos habían imitado a los cocineros que llegaron antes. Al oscurecer entró en una casa por Benavides, tuvo una familia por algunas horas y durmió abrazado a una mujer que podría ser su esposa. A la mañana siguiente agarró la llave y salió del edificio.

JERÓNIMO PRIETO, 25 años, CABA.

## ¿Quién soy?

Suipacha 620, 4°B. Hace nueve años que vivo solo. Sin gatos, sin plantas, solo. Salgo de casa, cierro la puerta y enseguida me avivo que las llaves quedaron del lado de adentro. Me tomo tres minutos para putearme. Es domingo, pero Juan Carlos no cierra nunca la cerrajería. Ni el día que falleció la madre vi la persiana baja. Me abren la puerta de calle y antes de enfilarse para lo de Juan Carlos, en un intento inútil, como quien ruega que lo quieran, toco el 4°B y pego la oreja al portero eléctrico. ¿Quién es?, responden.

FACUNDO CACCAVANO, 36 años, CABA.

## Bot

Entra a su casa descompuesta de cansancio y confirma que la luz aún no volvió. Enciende una vela y va directo a su cuarto. No se lava las manos ni los dientes. No toma agua. No come. Cuelga la cartera en el perchero, se desviste, se pone el pijama y se acuesta. Llama a la empresa de electricidad. La atiende una persona o un bot, ya no distingue. Como un autómatas anota el quinto número de reclamo. Toma un cuarto de clonazepam y apaga la vela.

MARIANA MARTÍNEZ LISS, 54 años, CABA.

## Los de afuera

Primero fueron los del tercero. Armaron el living frente al garaje y las habitaciones en la entrada del edificio. Pronto, en el barrio muchos los siguieron, apagaban las luces de sus casas y bajaban con sus cosas. Algunos ponían el felpudo de welcome en las puertas de sus autos. Mamá se peleaba con una app que arrojaba números en rojo. Al día siguiente, elegí mi juguete favorito y armamos la carpa en la plaza del Cid. Desde ahí, veíamos una torre con la última luz encendida. Con caramelos Sugus, mi hermana y yo apostábamos cuándo bajarían.

LUCIA PARRAVICINI, 43 años, CABA.



## Mío, sí

El fantasma de Babieca anda en calesita. Dicen que aprovecha el momento cuando la vida muere para galopar por Ángel Gallardo y llegar al Parque Centenario. Algunos taxistas sonámbulos reconocen al animal gris. Sin embargo, escondidos en la camisa de la complicidad, no lo delatan. Y Babieca gira y gira en la calesita, prendido del silencio de la noche amarilla. Pero antes de que las esquinas despierten, antes de que las bocinas comiencen con su llanto de café con leche, el honorable caballo debe regresar a ocupar su puesto de estatua junto a Rodrigo, en el corazón de Buenos Aires.

MATÍAS RAMOS, 44 años, Tres de Febrero.

## Bendita

Barroca, bella, bulliciosa, bohemia, brutal, bucólica... bramás en la Bombonera y en la Belgrano baja, bailás en Boedo con el bandoneón de Baffa, sos barro en Bermejo, barrio en Boedo, Balvanera, Barracas y la Boca, bacana en las Barrancas de Belgrano, brumosa en los burdeles del Bajo, burlona con un Borges bajo el brazo, brillante en las baladas de la Blázquez. Te busco en bares, bodegones y boliches, en los bifés a las brasas de Bachín, en los bancos del Botánico, en los barcos boquenses de Benito, en los bermellones de Berni y el bolígrafo de Bioy. Bienamada, bendita, Buenos Aires.

JUAN JOSÉ PANNO, 75 años, Vicente López.

## Conventillo

Libertad 1657. Un interminable pasillo oscuro y frío nos conduce a la pieza donde vive mi abuela en el conventillo. Nos recibe con un beso a mi papá y a mí, vestida de negro. No se saca el luto desde que murió mi abuelo, yo no lo conocí. Me habla en gallego y me prepara el café con leche con galletitas. Percibo el olor a humedad del lugar y hundo mi nariz en la taza mientras ella saca plata de una lata y me la da para que me compre un piano porque ya se tocar «Cucú cantaba la rana».

PATRICIA LÓPEZ GREIG, 65 años, Vicente López.

## El japonés

La puerta roja de la calle Sarmiento no tenía numeración. Estanislao Garamendi golpeó con su débil puño tres veces, tal como le habían indicado. Abrió un japonés alto y joven. Le hizo un gesto para que pasara. «Me dijeron que venga aquí para ver algo extraordinario». «¿Tiene el dinero?». «Todos los ahorros que me quedan. No me importa. Me queda un mes, según los médicos». El japonés descubrió el mantel de terciopelo que estaba sobre la pequeña caja. Estanislao Garamendi se llevó la mano al pecho, y cayó al suelo frío del mármol.

FLORENCIA SANTANGELO, 38 años, CABA.

## Hanahaki

Era el día, abriría mi corazón aunque no me correspondiera. No quise creer lo que sucedió después. «Lo siento», fue lo único que dijo antes de perderse entre los bosques de Palermo. Claro que me sentí mal, me habían roto el corazón. El problema vino días después, estuve semanas enteras tosiendo y vomitando, pero lo que me preocupó fue ver lo que escupía. Pétalos, pétalos de rosa a veces, y otros días eran ramos completos. De pequeño había oído de esta enfermedad en cuentos de hadas y películas, pero nunca creí que el Hanahaki existiera y se llevara mi vida.

VALENTINA CHINURI, 16 años, Hurlingham.

## La farsa

¿Te gusta Foo Fighters? me pregunta, me regalaron entradas en el laburo. ¡Sí, amo! Le miento porque solo quiero tenerlo cerca, verlo cantar, bailar, agarrarle la mano. Llega el día. El show se me hace interminable. Salimos de River y al llegar a Costanera propone comer un sánduche de bondiola. En un grabador destartalado del carrito suenan Los Palmeras. Hace mucho calor y tenemos olor a humo. Bailamos y nos reímos hasta que duele la panza. Me abraza, nos decimos te amo. Después me deja en casa y se va. Sé que alguien más lo espera.

ANALIA VERÓNICA MARTINEZ, 50 años, Avellaneda.

## Punto de interés

¿Ves el puente? Allá, el coso blanco. El coso... bueno, no importa. Ahí me rompieron el corazón una vez, re poético. No, no sé si poético es la palabra... ¡Simbólico! No, sí, tampoco. ¡Ahí! ¿Lo ves? Se ve la puntita atrás del edificio ese. Bueno, como se llame. Olvidate, ya no se ve. No, no lo vas a ver, dejalo. Te quiero decir, simbólico pero en el sentido de cuando no es exactamente como querés... ¡Irónico! Irónico, sí. Y no, porque se supone que los puentes unen, y a mí me partieron al medio. Justo en el centro.

JACQUELINE BAFFICO, 32 años, Recoleta.

## Café para dos

Apago el despertador, pienso que no debe haber salido el sol todavía. Abro la ventana y lo confirmo. ¿Cómo puede ser que en Buenos Aires el día arranque de noche? No me hago el desayuno porque la cafetera que compraste prepara café para dos, y tomarlo solo me hace sentir todavía más solo. Me miro al espejo, veo la marca en el cuello. ¿Cómo podría haber sabido que me creerías? Se siente tan grande la cama sin vos. Siento a los vecinos de arriba charlar en el balcón, compartiendo sus primeros amaneceres. Algunos porteños siguen siendo felices. Te extraño tanto.

LUCIANA SALGUEIRO, 29 años, San Isidro.



## Noche azul

Salgo de la oficina y corro al chino. No sé hacer arepas, pero puedo prepararte esos fideos que te gustan. Llevo una cerveza bien fría. Hace calor, y pensé que podríamos poner la mesa en el balcón. Vamos a mirar las luces que nos tiñen de azul y las copas de los árboles con su ruidito a viento, mientras conversamos hasta cansarnos. Necesito que me pongas tu campera sobre los hombros cuando empiece a refrescar. Que en ese gesto sientas que estás tejiendo tu lugar en el mundo.

MARÍA LILIA MARINO, 65 años, CABA.

## Justo hoy

Bajo al súper en mi versión más zaparrastrosa, con cara de dormida y el pelo como nido de serpientes. Me clavo unos lentes de sol para amortiguar la poca luz que irradia este día nublado y frío en San Telmo. En el medio, surge el mismo pensamiento de siempre: espero no encontrarme con nadie. Pero parece que esa reflexión hace que suceda. Y ahí está él, mi vecino lindo. Me sonrío; le devuelvo la sonrisa con mi mejor cara. Por dentro quiero desaparecer, pero estoy más presente que nunca cuando me miro los pies y descubro que estoy en pantuflas.

JULIETA GHIGLIANI, 52 años, Tigre.

## Subte Línea D, al centro

El vagón estaba lleno cuando me subí en José Hernández. Llegando a Olleros, los ecos de «Whole Lotta Love» desde sus auriculares me acomodaron muy cerca de él. Su pelo todavía mojado me refrescó del atasco de Palermo. Sostenerle la mirada fue el desafío ganado al dejar Scalabrini Ortiz. El ritmo de mi corazón y el suyo se aceleraban con «Ramble On» en Facultad de Medicina. A punto de bajarme arrimando Callao, el mentol de su Beldent hizo que me pasara hasta Catedral. Y ya sonaba «Heartbreaker».

CLAUDIA RODRÍGUEZ BUBIS, 60 años, Saavedra.

## Comuni3n

Fue complicado pasar tantas horas en la calle para dos pibes como nosotros. Pero vos tenías tu bici y podíamos ir al río, quedarnos echados al sol y, si habíamos juntado algo de plata, compartir un café. Otras veces íbamos a la Sociedad de Fomento y nos ejercitábamos con sus máquinas desvencijadas. Menos veces nos fuimos a la iglesia donde nos quedábamos callados o podíamos hablar de cualquier cosa, hasta que se hagan más o menos las doce. Entonces volvíamos a casa, haciendo de cuenta que habíamos ido al colegio y quién sabe, mamá tal vez se lo creía.

ELIANA SILVERO SIERRA, 39 años, CABA.

## Búsqueda

Busco a mi pareja de tango, la perdí hace dos semanas. Se ve que perdió el celu. Si la ven, es morocha, flaca, linda cara, con rastas. La pueden cruzar hablando inglés por Corrientes o aprendiendo alemán en los cursos de la UBA. Siempre la vi con zapatos de tango, rojos y negros, aunque supongo que puede andar sin ellos. También se la pueden cruzar timoneando un botecito por el Río de la Plata, yendo para la isla Martín García. Puede estar viviendo en una cúpula en Barracas, aunque creo que me mintió y vive en una torre lujosa.

MARTÍN BURGOS, 48 años, Almagro.

## Te amo

No soy muy demostrativo. Pero esta vez no quedó otra. Gladys estaba enojada de verdad. Necesitaba impresionarla. Apunté alto. Muy alto. Compré el aerosol y tomé el colectivo. Me bajé en Avenida Corrientes. Era medianoche. En esa zona siempre hay gente. No lo pensé. Trepé la reja rápido. Apreté el aerosol y empecé a escribir. Nunca vi al oficial que desde atrás me tomó del cuello. Tuve que llamarla desde la comisaría. No llegué a poner su nombre. Las personas que caminen por el centro se preguntarán quién es el chiflado que ama tanto al Obelisco.

JORGE SEBASTIÁN COMADINA, 38 años, La Matanza.

## Lluvia de arroz

Se casaron después de cuarenta años de novios. El cielo de bandera argentina enseguida se cubrió de nubes lanudas como ovejas gordas. Cuando los recién casados salieron al atrio, las nubes se agrietaron y llovió arroz a raudales, arroz a punto y condimentado con azafrán, albahaca y perejil. En algunos barrios, cayó arroz con pollo, en otros, arroz con vegetales. Los vecinos salieron a la calle con cacerolas, cucharas y cucharones. Atiborrados de arroz, bailaron en las plazas hasta que, a la medianoche, los novios se despidieron y el cielo se despejó.

SUSANA GALLARDO, 71 años, CABA.

## Mudanzas

De Paternal a Mataderos y el primario en Avenida del Trabajo y General Paz. Después otra mudanza, a Floresta, en Mariano Acosta y Rivadavia. En la esquina, un colegio público, en la otra uno privado, de monjas. «Elegí, nena, cuál de los dos. No necesitas viajar». ¡Sigo en mi escuela aunque tenga que viajar mil horas! Regreso en colectivo con algunas maestras del colegio. Una hora de viaje. Mi maestra de tercer grado me sienta sobre su falda. Desde ese espacio de privilegio, miro por la ventanilla. Ella baja en Villa Luro y me cede el asiento.

AÍDA PINI, 83 años, Merlo.



## Entre covachas

Mientras llueve, el 127 me lleva hasta la esquina de casa. La parejita de atrás ríe entre besos. Miro por la ventanilla y se acumulan las ventanas de los departamentos. Balcones apilados como libros en bibliotecas. ¿Ese está tendiendo la ropa? ¿Con esta humedad? Andan los michis chusmeando la lluvia entre las rejitas. Anochece y los que quedamos entre veredas resbaladizas vamos como hidrofóbicos apurados buscando covachas. Ya en casa, cada quien con sus cositas, se escucha la ducha del vecino y a la señora del primero que lava los platos. Acostada la escucho poner la tele y cierro los ojos.

VIOLETA MERANDE PASTRANA, 32 años, CABA.

## Conatus

Cuando Mabel friega la vereda se olvida de todo. Yo la observo por la ventana. Su escoba, frenética, penetra cada ranura, no perdona hendidura, se mete en cada surco. Va y viene, con fuerza, obstinada, incansable. No le da miedo ninguna mancha, ningún pegote, ningún desecho. La veo enfrentarlos sin amedrentarse. Mabel puede con eso. En esa lucha amorosa mi vecina se olvida de las otras, de esas que le duelen, que la asustan; las que la acobardan. Allí Mabel tiene una posibilidad, una que se abre limpia y renovada cada mañana.

ANTONIETA GARCÍA RUZO, 38 años, CABA.

## Siestas bondineras

Salgo temprano del trabajo. Llueve mucho, de costado. Encapuchada, me mojo un poco mientras espero en la parada el colectivo, que al mediodía seguro pasa cuasi vacío. Llega el 124. Agradezco al cielo la amabilidad del chofer de arrimarse suavemente a la vereda evitando salpicar mis pies. Agradecida, le digo: Hasta Sanabria, paga «la sube». Panorama «carrocero»: tres personas, tres empanadas. Empieza la ceremonia: elijo asiento, «mochila-almohada», apoyo la cabeza, me abrazo con fuerza... La comodidad del momento. Me entrego al hipnotizante sonido de las gotitas golpeando la ventanilla, al movimiento del limpiaparabrisas... Listo, ¡larga vida a estas siestas «bondineras»!

CINTHIA ELIANA BAGLIONI, 36 años, CABA.

## Buenos Aires 3 p.m.

Ana está escuchando con auriculares un programa de radio donde hablan sobre identidad argentina cuando se da cuenta de que se pasó de parada, se baja y Fran ocupa raudamente su asiento y se pone a leer un libro sobre leyendas guaraníes; Vera mira desde el asiento de enfrente la tapa y le escribe a Nacho, su novio, que está en el laburo, «¿cuándo nos vamos a los Esteros?», él le entrega a Rocío, una clienta, un libro sobre la historia del mate, que guarda en su mochila, y al salir un rayo de sol le pega en la cara.

JAVIER SICARDI, 39 años, Floresta.

## Los anónimos

Existió una Buenos Aires afro, me dice mamá. La heredamos nosotras. Existe, todavía, bajo capas de pintura, orina, barro y hollín, pero es la gente la que no sabe, o no quiere ver. Y así, las generaciones pasan y los afroargentinos siguen siendo anónimos. Lo que nadie se imagina es que el centro de la ciudad siempre fue negro, Blackvanera, o Balvanegra, así le digo yo. Hoy en día, la vorágine porteña está en otro lado (quién sabe dónde), y estos barrios no son más que las orillas. Pero los tambores nunca dejaron de sonar, como las cacerolas.

MELISSA CAMMILLERI, 28 años, CABA.

## Mudanzas

Mención Honrosa

Era nuestro juego preferido: una era Ava Gardner, la otra Liz Taylor. O Blackie y Pinky... Nené y yo, convertidas en estrellas nos largábamos a hablar con la pared. En un momento dado había que contar minuciosamente las respectivas andanzas. Luego, volvíamos a sumergirnos en aquellos monólogos de divas hasta que nos llamaban los mayores. Cuando nos mudamos, mi abuela me llevaba en tranvía a lo de Nené, que ya hacía gestos extraños. La última vez que la vi, habíamos cumplido los quince. Fue en el patio de su casa. Nené estaba de espaldas y hablaba solamente con la pared.

AÍDA DELPIERO, 77 años, CABA.

# IA

Mediante la aplicación de la inteligencia artificial aquella noche me fue posible, con mucha paciencia y al cabo de varias horas, ganar bastante dinero en la ruleta del Casino Buenos Aires, de donde imprudentemente me retiré exultante. Al salir, caminé solo unos metros cuando me dieron un empujón, me arrojaron al piso y me sacaron todo lo que llevaba. Ellos, en un instante, individualizaron a la víctima propicia y embolsaron bastante más de lo que a mí me demandó un rato largo obtener. Me pregunto si también habrán utilizado la IA o simplemente me vieron cara de poco inteligente.

ADOLFO ARBETMAN, 81 años, Palermo.

## El Pázhitnov subterráneo

Esta vez el subte llegó a Medrano. Entramos y estábamos tan apretados que nadie pudo subir o bajar en la siguiente estación, ni en la otra. Tampoco en la siguiente. Hasta que llegamos a Carlos Pellegrini. Intentamos movernos, pero nadie pudo bajar. La masa conjunta quedó inmóvil y continuamos el viaje a la próxima parada. Así seguimos por unas dos horas, entre protestas y dolores lumbares. Apenas podíamos movernos, pero no lo suficiente como para destrabarnos. De alguna manera cada pasajero había encajado como un engranaje en el otro, y así nos convertimos en un Tetris perfectamente ensamblados.

FEDERICO MANONI, 38 años, Esteban Echeverría.



## Si te he visto no me acuerdo

(Es el hijo del primo de Tati, Germán. ¿No me ve? El subte no está tan lleno). «Hola» (¿Quién era este? No me sale... Dale soberbio, decime quién sos). «Hola» (Se hace el que no me reconoce. Qué ordinario). «¿No te acordás de mí?» (Bajá del caballo, engreído. Me revienta. Si digo un nombre y le erro es peor). «La verdad que no». (Increíble psicótico... Lo mandarí a cagar, pero después Tati va a tirar la bronca. Tribunales. Bajo acá). «Bueno, chau». (Andate a la mierda). (Patético narcisista... ¡Sergio! Sergio Segovia. Nunca me dio bola). «Chau». (Andá a cagar).

DANIEL AVINCETA, 60 años, CABA.

## Capaz

Mi viejo me enseña la ciudad en una hoja cuadriculada (medio doblada), como una lista numerada de líneas que se atraviesan entre sí. Yo veo una colección de edificios, profesores, estatuas, actores, baldosas, oficinistas, cuadros, verduleros, disquerías y estudiantes. Seguro que él también les ve, pero logra acomodarlos debajo de un numerito y un nombrecito y una estación de subte (capaz). A mí se me meten todos mezclados en la cabeza, todos ellos y sus mascotas y sus abuelas y sus puertas y sus direcciones de mail y sus sombreros. Mi viejo sonrío, al final nos perdemos los dos.

ALEIDA ROMERO, 15 años, Moreno.

## 7,7 km

7,7 km es la distancia que separa mi casa de la casa de mi papá. Una distancia que recorrí incontables veces en los últimos cuatro años. Una distancia que recorrí ida y vuelta en bicicleta durante la pandemia con la excusa de ir a asistir a una persona mayor. Una distancia de una hora y 44 minutos a pie, 31 minutos en bicicleta, 27 minutos en auto y 100 años cuando un amigo de tu papá te llama y te dice, «Milton, ¿podés ir a ver si tu papá está bien, que no me contesta desde ayer?».

MILTON EKMAN, 35 años, CABA.

## El viejo

Hace tiempo ya que el viejo no veía a su hija. Desgraciado, pensaba la mayoría, tan bueno y tan solo. Él, por su parte, mantenía su rutina a rajatabla. Azúcar en la úlcera antes de vendarse la pierna, una vainilla empaquetada que le dejaba miguitas en el bigote amarillo de tanto pucho y un té servido en su taza de plástico del Rayo McQueen. Antes de salir del hospital, un sorbito a la petaca que siempre llevaba encima y luego caminar por Carrillo hasta Avenida Caseros, entrar al locutorio y volver a llamarla.

FACUNDO RODRIGUEZ ALONSO, 28 años, CABA.

## Mi padre

Varias veces te vi desde el colectivo cuando iba al Parque Rivadavia. El 2 tiene su recorrido por la calle donde vivías. Cierta día íbamos con Andrés y nuestro pequeño hijo hacia el viejo Mercado Spinetto, ya transformado en galería comercial, muy cerca de tu casa. El colectivo tiene la parada justo frente a tu puerta. Y allí estabas, oteando el barrio. Guayabera clara, cigarrillo en la boca, nariz inconfundible. Me acerqué para mostrarte a tu nieto. Retrocediste tan abruptamente que apenas cruzamos palabra. Nadie nos vio, no te preocupes. Tu familia ni se enteró. Las apariencias, a salvo.

LIDIA GONZÁLEZ, 71 años, CABA.

## El hombre gato

Rumores dicen que en los oscuros laboratorios de la Facultad de Veterinaria, un reconocido científico intervino el ADN de los humanos con el de los gatos. Desde hace unos meses en los parques de Agronomía suceden cosas extrañas las noches de luna llena. Los testigos aseguran haber visto a un individuo de dos metros de altura con garras, ojos fosforescentes, orejas pequeñas en punta y cuerpo cubierto de pelo negro. Tras escuchar poderosos maullidos aparecen muertos criminales que eran buscados por la justicia. Ladrones rasguñados, maniatados a los árboles con los objetos robados esparcidos a su alrededor.

MARÍA ROSA BATISTA, 63 años, Tigre.

## Los monos abajo

En el subsuelo de un hospital, en el barrio de Saavedra, hay setenta y cuatro monos. Algunos llegaron hace cuarenta años, otros nacieron ahí, en cautiverio. Viven en quince jaulas metálicas, al lado del vestuario de los médicos, pero nunca nadie los escuchó aullar. Dicen que les cortaron las cuerdas vocales cuando realizaban con ellos estudios de fertilidad. Y aunque eso ya no sucede y el bioterio dejó de funcionar, los monos ahí están debajo de donde la vida transcurre, iracundos, en un sótano de Buenos Aires, sin haber olido la tierra, visto el cielo o la luz del sol.

CAMILA BRETÓN, 41 años, San Fernando.

## Entrada en calor

El club estaba sobre Tucumán. Caminar la zona del Abasto cuando era todavía un mercado suponía un emprendimiento muy peligroso. Prefería tomar otro colectivo, bajar más lejos, y caminar así un par de cuadras de más. Ese día salí tarde de casa. El 99 no venía, entonces tomé el 124. Bajé en Corrientes y Agüero. Asustado. Respiré hondo y corrí por la vereda minada de cajones, frutas en descomposición, olor a meo, y voces extrañas. Sentí pasos atrás que también corrían (¿a mí?). No miré hacia atrás. Era el arquero de mi equipo. No entramos en calor ese día.

SERGIO SNIEG, 58 años, Moreno.



## La vidente de Devoto

Mi mamá era un prodigio de las predicciones. La Nos-tradamus de Devoto. Aunque no alcanzó la misma fama que el original, nunca falló un vaticinio. Los que presenciaban una sesión de trance terminaban descompuestos, era un espectáculo dantesco. Sus ojos giraban libremente en direcciones diferentes, chorreaba una baba blanquecina y anunciaba una profecía con voz de sepulcro mientras que un aire salido del averno le electrizaba el cabello. Esto empezó a aumentar en cantidad. Sucedió de repente y a cualquier hora. Era un infierno. Mi mamá, la infalible, al final, no pudo predecir mi martillo cayendo sobre su cabeza.

HERNÁN PODESTA, 51 años, Moreno.

## Cambiaformas

En casa tengo un laboratorio, del que proviene luz tenue y una sombra de risa macabra. El científico se camufla de explorador y viaja al mercado central en busca de verduras. En Once, dirige el tráfico de chauchas. Otros días es pescador y con una conservadora y chistoso gorro pesca en la pescadería de Devoto. De noche es guardián y vigila que la masa madre no escape. Ocasionalmente es político y discute el precio de almendras y aceite con un distribuidor en Moreno. Sus creaciones suspiran por ver el mundo, pero no recorren más que un departamento en Retiro.

CATALINA BOGADO, 18 años, Retiro.

## Escondida

Cuando éramos chicos mi madre nos llevaba al Jardín Botánico. Mi hermana y yo pasábamos las tardes recorriendo los caminos de piedritas anaranjadas, explorando alguna jungla imaginaria o simplemente jugando a las escondidas en la exuberancia de aquel Edén plantado en medio de la áspera ciudad. Recuerdo con claridad sus trenzas desparejas y sus vestidos de jean azul. Cincuenta años después, me descubro nuevamente buscándola detrás de cada árbol, andando los recodos de la tarde, como si todavía fuera posible encontrarla.

MARIO HERNÁN ODORISIO, 52 años, San Miguel.

## La yapada

Siempre, sin falta, al bajar del 166, recibía un insulto de la yapada. No importaba cómo ni cuánto mi madre me explicara que es una mujer enferma, que es una pobre alma sola, que no lo dice en serio, que es una persona que necesita ayuda, yo me enojaba profundamente. Una sola vez, una tarde de niebla en que había reprobado un examen de matemáticas, le respondí con otro insulto. Me miró como quien observa un accidente. Nunca más la volví a ver en esa esquina, pero, cada vez que bajo del 166, espero recibir un insulto de ella.

GASTÓN GONZÁLEZ, 32 años, CABA.

## Aprendí a limpiar el pescado

Tantas noches de verano vi con fascinación nauseabunda a mi padre arremeter los vientres flojos de los pescados en la Costanera. Lo vi tantas veces hundir el filo, indolente, desde la cola hasta la cabeza, arrancar tripas con la mano de un tirón, echarlas al río sin levantarse de su silla plegable. Lo vi sostener bogas con firmeza para que no se resbalaran, lo vi hacer tajos precisos para no desgarrar la carne, lo vi enjuagar la sangre y la bilis, lo vi sacar branquias hermosas, de tonos rojos formidables. Aprendí. Tenía quince años cuando hundí mi cuchillo en su garganta.

NICOLÁS BAINTRUB, 33 años, Palermo.

## Belisario Roldán y Figueroa Alcorta

Tenía frío. Estaba parada en esa esquina mirándose al espejo. Vio un rostro ajado y envejecido, pero a estas alturas no había afeites que modificaran su vida. Deseaba que apareciera ese siempre último cliente que a la exacta hora llegaba con su auto y, sin parar el motor, estacionaba a metros de ella. Se ajustó la ostentosa campera de cuero negro y caminó cansina hacia el coche que ya tenía abierta la puerta del acompañante; inclinó su cuerpo como para entrar, sacó la pistola empuñada desde el bolsillo y la vació con lentitud. Fueron cinco disparos. Uno por cada cicatriz.

SUSANA LLOPIS, 86 años, CABA.

## Un instante propio

Premio al Talento Joven

Tiene la idea perfecta, solo necesita escribirla. Llega a la parada. Libretita en una mano, lapicera en la otra. Está lista. Por primera vez llega el colectivo a tiempo. No pasa nada, escribe adentro. Logra sentarse. Suben veinte personas juntas. Le da el asiento a un señor con bastón. Trata de escribir de pie. No le sale. En el trabajo espera, inútilmente, el momento. Colectivo, de nuevo. Lleno, de nuevo. Su casa, imposible. Cocina, limpia, ayuda a los hijos. A la noche tiene por fin un minuto. Se queda dormida después de cinco palabras. Olvida la idea para siempre.

ANAHÍ CAGGIANO, 18 años, CABA.

## Materiales

En el tren le compré libritos de cuentos con letra grande para que practique. Mejoró mucho con la maestra de este año. Es buena, lástima que siempre anda pidiendo materiales. Me voy a bajar en la parada de la avenida a ver si consigo las pelotitas de telgopor. Tengo que comprarlas acá en Capital, cuando vuelvo a Glew está todo cerrado. Ayer me fui a la librería de Viamonte y resulta que cierran al mediodía. Por eso llegué tarde y la patrona me miró torcido. De bronca me dijo: mañana limpiás los vidrios del living. Un clavo ese ventanal.

VIVIANA SANTILLÁN, 53 años, Palermo.



## Apenas lector

Lo empecé a seguir en sus días de columnista, aunque lo conocía de antes. A veces, cuando iba a verlo a la redacción de Piedras o al piringundín de calle Bustamante, él saludaba de lejos, solo por saludar. La mayoría de las veces no me prestaba atención. Iba a escucharlo cuando leía poesía en Almagro. Tuve que hacerme amigo de sus amigos. Me anoté en un taller que daba en Palermo aunque después no fui. En la librería de Francisco me firmó un ejemplar de su último libro. Gracias insistente lector, me puso. Tachá insistente, reclamé. Tiramos una selfi.

MARTINO ARAUJO, 45 años, Morón.

## Salone Pablo

Pablo llegó desde Sicilia a Buenos Aires con tres años de edad, destinado, por recomendación de su abuela, a ser barbero. Después de trabajar treinta años en Berazategui, recibió el premio mayor: su local fue elegido para una escena, minutos, del largometraje *Elena Sabe*. Mientras me cortaba el cabello en el mismo asiento que usó la actriz, Pablo relataba orgulloso cómo, en día y medio, el equipo técnico y los bomberos habían logrado la lluvia más hermosa de su vida. Obviamente, llegué a casa para ver la película que, según Pablo, había visto por décima vez.

CÉSAR MONTILLA, 61 años, Berazategui.

## El protagonista

Ese poquito de ventana en el Sarmiento a Moreno abarrotado de gente cansada me alcanzó para ver el arrebol sobre los techos de chapa de los galpones de Haedo: la abuela ya no estaba y papá vendió la casa porque necesitaba plata, billetes. Era invierno y yo todavía no entendía mi papel en esta vida. Bajé en Morón, caminé la cuadra de la vieja cancha, vi un yuyo verde asomar entre las grietas de la vereda partida. Santiago me esperaba con un mate y apenas pude rasqué la guitarra. Sería justo, me dijo, si fueras vos el protagonista.

FAUSTO RIVADULLA, 28 años, CABA.

## Once

Vivo en el barrio que tiene: un mausoleo en una plaza, una gran estación de trenes que vienen del oeste, un senegalés que vende anillos sobre un paraguas rojo, palomas que vuelan por encima de un predicador sin fieles que anuncia el fin; vocean torta frita mientras el 132 dobla por Pueyrredón, las escaleras te llevan por hotelitos, al frente de un local de baratijas un chino fuma pensativo, la cumbia peruana envuelve una risotada. Un pastor dominicano me describió, ustedes los porteños corren apurados por la calle para llegar a sentarse tranquilos a tomar un café en el bar.

FERNANDO MINNICELLI, 49 años, CABA.

## Quando revele el rollo, voy a estar ahí

Lo traigo al puerto. Este no es el riachuelo, me dice. Se imaginaba algo marrón y maloliente. Sin embargo, la luz lo refleja y hay gente remando. Sí, es este, le digo. Trajo su cámara analógica. Busca una foto. Clava los ojos en una esquina con un andamio que va hacia ninguna parte. Me pide que me siente, encuadra la toma pero un eclipse de nube tapa la luz. Sentados esperamos un momento a que vuelva. Tengo un mosquito en la cara. Lo aplasta con su dedo, pero cuánto quisiera que dejase la palma entera ahí en mi cachete un rato.

GAIA GORDÍN, 23 años, CABA.

## El carpintero y el pintor

El tano tenía la carpintería en La Boca a pocas cuadras de Caminito, a la nada del Riachuelo, rodeado de los colores de los conventillos y del aire de carnaval en verano. Don Mingo hacía más que muebles. Repartía plata después de una buena venta, fiaba cuando no podían pagarle. Charlaba con clientes y hacía amistades. Durante un tiempo, hizo trabajos para un pintor que tenía su taller a pocas cuadras y plasmaba el puerto en colores. Pese a su insistencia, Mingo jamás aceptó una obra como obsequio. «¿Para qué?», decía. «¿De qué me sirve un cuadro de Quinquela?».

MICAELA MAROLLA, 31 años, CABA.

## La Boca del Riachuelo

La pareja baila un tango en la ribera boquense. Figuras en el aire de la tarde. Sigo el compás, no tienen alma. La Boca del Riachuelo también la ha perdido. Caminito ya no es el viejo recodo de las vías del tren, el transbordador un conjunto de luces. Ya no cruzan el Riachuelo los botes a remo hasta la isla Maciel. Los viejos barcos oxidados no están. Un hombre llega corriendo por la calle adoquinada. Me toma por la cintura, yo acepto. Baila el sentimiento del tango, yo lo sigo. Tal vez recordamos. Termina el último acorde, me deja.

INÉS MARÍA CABRERA, 81 años, CABA.

## La tortuga Alicia

Eran las tres de la tarde cuando la tortuga Alicia caminaba por el sendero de la Reserva Ecológica del barrio San Telmo. Alicia era diferente a las tortugas restantes, tenía algo que la distinguía: caminaba muy rápido, tan rápido que ni las aves llegaban a comerla, tan rápido que las yararás estaban celosas. Ese día estaba soleado, y el cocodrilo Luis quiso pasear por el mismo caminito que la tortuga, el cocodrilo no había comido entonces tenía apetito de tortuga. Alicia se dio cuenta de que Luis la quería comer entonces ella se fue corriendo hacia el pantano donde había más cocodrilos.

MALENA CAROLINA MEINCKE, 10 años, CABA.



## Caranchos

Mamá dice que si dejo salir a Artemis al balcón se lo van a robar los caranchos, que esos bichos levantan a sus presas en el aire y se las llevan, como las águilas. Dice que Artemis es chiquito y livianito y, aunque el gobierno de la ciudad los haya soltado para que se coman a las cotorras, ya se llevaron a un par de gatos de los techos. Los vio una vecina, se lo contó en la panadería. Yo le dije que eso es un mito urbano, y ahora no encuentro a Artemis por ningún lado.

NATALIA DA SILVA, 46 años, CABA.

## Perro callejero

En el pueblo es habitual cruzarse con perros callejeros: solitarios, en caravana; melancólicos, optimistas. Pero si encontrás uno en Buenos Aires, maravillate, miralo como a un cóndor en la montaña. Acercate, observá si está gordito o descarnado. No lo juzgues por barbudo, puede que, para tu sorpresa, su dueño ande cerca. Si descartás lo anterior, estirá tu mano observando sus ojos. Acarícialo la cabeza, el lomo, hasta que relaje las orejas. Él sabrá qué hacer. Joven o viejo habrá vivido una eternidad. Quizás quiera ir con vos o, quizás, quiera ser callejero por el resto de sus días.

CECILIA POOLI, 31 años, Lomas de Zamora.

## Wasap

Bajó del auto y lo vio tirado en el pavimento. Los ojos brillantes sin expresión. Las manos infantiles, las uñas sucias. Los dientes blancos, todavía pequeños y redondeados. El guardapolvo desgarrado y una soga de carne entrelazada saliendo de su vientre. Y mientras lo contemplaba horrorizado, sintió en su mano, todavía temblorosa, la vibración de la respuesta del mensaje que acababa de mandar.

CAROLINA VAGLIENTE, 44 años, CABA.

## Cien trasplantes cardíacos en el Garrahan

Estela revisó los monitores. Ajustó el catéter. Noah está en Unidad de Cuidados Intensivos del Garrahan. Estela es la enfermera más vieja del servicio. Este paciente de ocho años le recuerda a su nieto. «Serán los hoyuelos en las mejillas», piensa. Le administra fármacos por sonda. Le promete que irán a ver a River cuando mejore. Termina el turno. Se toma el 12 a casa. A las once de la noche se activa el whatsapp: Operativo trasplante cardíaco. Veinticinco profesionales movilizados. El doctor Delucis escribe: «El nene pidió por vos, Estela». Ella agarra el guardapolvo y vuelve al hospital.

MARIANA WEISE, 51 años, CABA.

## ¿Bajás?

Un día de semana es terminar el colegio al mediodía y volver a almorzar a casa. Después, cruzar la calle para volver al barrio. Catalinas tiene un verbo que lo define: bajar. «¿Baja Diego?», «¿Baja Cami?» es una invitación a jugar y callejear toda la tarde. La tarea es tocar el portero y preguntar si vienen. Rara vez se juega en los departamentos, tiene que llover demasiado fuerte y ni así. Los departamentos son pequeños, el barrio es grande y los monoblocs tienen muchos techitos donde protegerte de la lluvia. «Hoy no baja» es una daga en el corazón.

MARIANO PASIK, 52 años, CABA.

## Ring raje

Tito toca el primer timbre que encuentra de un alto edificio de aspecto antiguo, art deco, según la profesora de historia. Los cuatro nos quedamos mirándolo fijamente. Todos sabíamos qué hacer: correr. Lucio se enoja y aprovecha la oportunidad para explayar su gigantesco diccionario de insultos contra Tito. Era admirable lo bien que lo describió, de pies a cabeza. La calle era un caos, a dos cuadras se avecinaba una avalancha de personas protestando, andá a saber qué. Era un miércoles a la tarde. Bocinas, tambores, cantos y cinco pibes corrían a máxima velocidad por toda la Avenida de Mayo.

DANILA PÉREZ, 14 años, CABA.

## Triste, solitario y final

Luego de sesudas conversaciones, la Sociedad de Fomento de Parque Chas, autorizó la construcción de una estatua del minotauro en alusión a la maraña de calles laberínticas del mítico barrio. La Comisión Directiva compró los metales y mandó a fundir la esfinge y las rejas. A la inauguración no faltó ningún vecino. Apenas quitaron el manto que cubría a la bestia, estallaron los aplausos y ladraron todas las mascotas. Cuando en la plazoleta ya no quedó nadie, un perro orinó la base de la estatua del monstruo que había quedado, una vez más, solo y prisionero en su propio laberinto.

GUILLERMO MARÍN, 56 años, CABA.

## El papel del futuro

Caminando por la avenida me encontré un papel. Me agaché y lo levanté: un ticket de recibo por carga de SUBE. Figuraba entre otra información el saldo, los últimos cuatro dígitos de la tarjeta, número de transacción, hora y fecha. Lo estaba por tirar cuando algo me llamó la atención: la fecha estaba un año adelantada. Imaginé un error en el formateo del posnet, quizás al programarlo se ocuparon del día y la hora pero no del año. La curiosidad me superó. Entré al kiosco, cargué mi SUBE, miré el papel. La fecha era la correcta. Un año después, volví.

JOAQUÍN GORCHS, 25 años, San Isidro.



## Memoria porteña

Años después de que internet pareciera, había que reconstruir toda la información del mundo. Un porteño tuvo una idea brillante y puso una grabadora en cada taxi de Buenos Aires. El aparato absorbió todo: la lista de campeones mundiales, los ríos de cada región, el funcionamiento de los bancos, el código penal, el origen de los hoteles, los géneros de cine, la causa del sufrimiento, el esoterismo, las curas para la disfunción eréctil, las tres mejores recetas de ravioles... todo. Así se publicó la primera enciclopedia del nuevo mundo. Al día siguiente, otro porteño empezó a vender la versión trucha.

IGNACIO SCOTTI, 28 años, CABA.

## Estudiante del interior

Rendí el primer parcial de la Facu y aprobé. Estaba tan feliz que no podía esperar para contarle a mamá, para que me preparara una chocotorta como recompensa. Tomo el subte B, me bajo en Urquiza y tomo el colectivo que me deja a tres cuadras de casa. Llego, y no están. Obviamente, no están. Llamo a casa, a Corrientes. Le cuento a mamá y escucho las risas de mis hermanos de fondo. Me dicen que me extrañan. Va a ser un primer año largo de carrera.

CAMILA OBREGÓN, 19 años, Saavedra.

## Vuelo AR1902

«Torre de control, aquí vuelo AR1902, permiso para iniciar descenso hacia el Aeropuerto Jorge Newbery». «AR1902, ¿quién está pilotando el avión?». «Soy el piloto Martín Ferreiro». «¿Ma...Martín Ferreiro?, ese vuelo se declaró desaparecido en el 1988». «Pero, si despegamos hace tres horas, ¿cómo es esto posible?, señor, hoy es 24 de diciembre, pero del 2016». En ese instante se cortó la luz en toda la ciudad, se perdieron las comunicaciones, y el avión desapareció. Ahora los científicos desplegaron una investigación, hoy es 5 de abril del 2024, y siguen buscándolos...

LORENZO SANTINO LICASTRO, 12 años, CABA.

## Sylvia Plath

Camino seis cuadras al lado de una desconocida gracias al desvío del colectivo. Me cuenta que estudia Licenciatura en Artes de la Escritura y yo le digo que estudio Traductorado. Omitimos nuestros nombres. En el 17 me entero de que nos bajamos en la misma parada y que vivimos a cuatro cuadras. Hablamos de literatura, escritores y de lo que nos gusta leer. Me cuenta su idea sobre escribir un libro de hombres lobo situado en el sur de Argentina mientras caminamos hasta mi casa. Le digo que cuando lo publique me busque en nuestra parada.

JULIA DRESSL, 18 años, Sarandi.

## La carrera

Se hace tarde. Alzo la vista, pego un trote y llego a cruzar. Triunfante, esquivo charcos y manchas sospechosas. Me declaro domadora de tiempos y distancias hasta que la más cruel de las callejeras, la baldosa, quiebra mi orgullo y me inunda de un gris espeso. Persisto, pero ahora una obra obstruye el paso. Bajo a la calle, con el tránsito que me sacude. El semáforo en sus segundos finales. No logro llegar. Espero, somos muchos. Apenas puedo, soy la primera en zambullirme en la estación mientras escucho el subte acercarse. Busco mi billetera. No la encuentro. Juego perdido.

FLORENCIA GONZÁLEZ ALDERETE, 38 años, CABA.

## De espaldas a la ventana

Arrastra sus largas piernas para poder fichar y dejar atrás los edificios de ladrillo rojo, las grúas del puerto y su río. Una llegada foránea a otro mundo. Adentro, su despiadado escritorio lo espera. De espaldas a la ventana, al escape, a lo natural. Pequeño e incómodo artefacto creado premeditadamente para desafiarlo. No teme entregarse a tareas insignificantes como doblar sus largas extremidades para encajar en el espacio limitado, aún más por los cables. Nueve horas de tecnológica y arquitectónica esclavitud. Mira una fotografía, unos ojos, su fuga. Porque sabe que nunca hay que dejar el corazón en lugares pequeños.

HERNÁN VETTORAZZO, 40 años, CABA.

## Como un colmillo

Las mañanas en la oficina eran siempre iguales. Las mismas caras de cansancio, las mismas charlas, escribir mails. Pero ese día, encorvada en el escritorio, vi el edificio por la ventana. Era blanco, largo y filoso como un colmillo. Edificio que, juraría, no estaba ayer. Nadie parecía haberse dado cuenta. Estás imaginando, me dijeron mis compañeros. Esa noche dormí mal y las siguientes, peor: otro edificio, otro colmillo, surgieron de la nada. Y al día siguiente otro, y luego otro. Mientras subía al micro, huyendo, los edificios formaban una mandíbula. La ciudad ya estaba lista para devorarnos.

CARLOS GALÁN, 43 años, General San Martín.

## Obeliscalirio

Después de la revelación salí corriendo desde Plaza de Mayo por Diagonal. La epifanía recibida somatizaba en velocidad urgente y espasmo. Atravesé cuadras absurdas despojadas de fauna. Ni un perro para soñar. El corazón en proa hacia el Obelisco, la glaseada aguja enhiesta de la ciudad. Al llegar, Prebisch el portero, me habilitó el ingreso con su sonrisa de cosmonauta. Luego el ascenso arduo, ciego, imposible en su verticalidad de piedra. Ya en la cima, solo en el vientre de la punta piramidal, rastree por las cuatro ventanas cardinales con ojos ardidos y salvajes. Pero ya era tarde...

DANO PARETO, 55 años, CABA.



## Fermín

Veterano de imaginarios combates, uniforme de la Segunda Guerra, casquete al tono y borceguíes deshilachados. Fermín ordena a los que estacionan, mientras canturrea letras de tango, por la Feria Dorrego. En las madrugadas desiertas de caminantes, protegido de miradas indiscretas y con la luna reflejada en el ventanal del viejo edificio que balconea sobre la plaza, se guarece con el alcohol amigo junto a la Mireya y otros fantasmas del arrabal porteño. Hasta la mañana siguiente en que volverá a sorprender a los visitantes por el frenesí de su mejor tango. Y hacerles creer que existe.

CARLOS ALBERTO TUERO, 76 años, CABA.

## Ciudad de la paz

Cada vez que combino en hora pico la D con la C, pienso en Cromañón. Si por algún motivo hubiera algún tumulto se arma tremendo quilombo. Los noticieros amarillistas se armarían un festín. Con el tedio del trabajo, del estudio, de la economía que no ayuda, me resulta milagroso que no haya pasado ninguna catástrofe ahí. Tampoco me preocupan otros supuestos males de la ciudad: el ritmo vertiginoso, el trato despersonalizado, las distancias, el tráfico. Yo soy feliz con saber que hay un puestito de bondiola abierto las 24 horas.

BERNABÉ VARELA, 32 años, Palermo.

## Los Marcelos

Corrientes y Callao, semáforo en rojo. Marcelo detesta el colectivo pero su auto está en el taller. Mira por la ventanilla, piensa en sus problemas financieros, la reunión con inversores. Se interrumpe cuando ve entre autos a otro Marcelo pidiendo monedas. Se inquieta y revisa: recorre en reversa los caminos en el mapa de su vida. En cada bifurcación para y mira la dirección que conduce hacia el otro Marcelo. Encuentra uno inquilino, otro divorciado y hasta un Marcelo escritor, pero ninguno como el que pide ayuda. Ante lo injusto reacciona y baja rápido del colectivo, apareciendo así dos nuevos Marcelos.

FACUNDO RIZZI, 43 años, CABA.

## Figurita anacrónica

Con su figura anacrónica recorría Callao. Su trajecito de dos piezas y su sombrerito parecían sacados de una tienda vintage. Su caminar amainado, lento, atentaba contra el apuro de la ciudad. Yo, distraído, miraba desde una ventana de La Academia mientras sostenía en mi mano un café que se enfriaba irreparablemente. Salí porque no podía creer lo que veía. No sabía qué hacer con eso. Me inundó un sentimiento incómodo. Le dije «hola» por pura cortesía. Pero ella se me trepó al pensamiento. Me invadió. Y solo siguió camino. Porque la gente, en Buenos Aires, siempre se te va.

DARÍO RODEIRO, 50 años, Esteban Echeverría.

## Espectadoras

Bajamos en la estación Callao. Sabíamos que afuera un escenario de luces y carteles aguardaban nuestra llegada. Nos dirigimos hacia la calle Corrientes. Doblamos por Talcahuano y vimos el teatro. Otelo, decía el cartel. Era allí. Salimos, caminamos. Las luces otra vez y el vino tibio; el frío y el Obelisco tan cerca. Todo se superponía: calles, cada vez más angostas a medida que nos alejábamos, peleas en la oscuridad de Buenos Aires, y todas las Desdémonas perdidas en el anonimato. La tragedia y la ciudad se unían. Atrás quedaban las luces. Íbamos ya entre las sombras.

MARÍA FLORENCIA ESCAPA, 40 años, San Miguel.

## Eternos

Todo vacío, todo en silencio, caminaba por Diagonal Sur dirección Plaza de Mayo, nunca el Microcentro estuvo en tanto silencio, parecía como si el covid hubiese vuelto, ni los esenciales se veían en la calle. La leve brisa que llegaba desde el Río de la Plata, apenas podía aminorar el calor que hacía en la city porteña. Llegó a la plaza y miró el cielo y rezó, envuelto en un silencio similar a la calma que antecede al temporal. Y entonces sucede, en mis auriculares mis rezos encuentran respuesta. Montiel marca su penal. BA retumba. Gooooooooooooool!!!! Argentina campeón del mundo.

MARCELO GIMÉNEZ, 29 años, Malvinas Argentinas.



**BUENOS AIRES  
EN 100  
PALABRAS**

**SEGUÍ IMAGINANDO  
LA CIUDAD Y ESCRIBILA EN  
[www.buenosairesen100palabras.com](http://www.buenosairesen100palabras.com)**

PRESENTAN



COLABORAN

